

La precisión de lo impreciso

Retrato de artistas

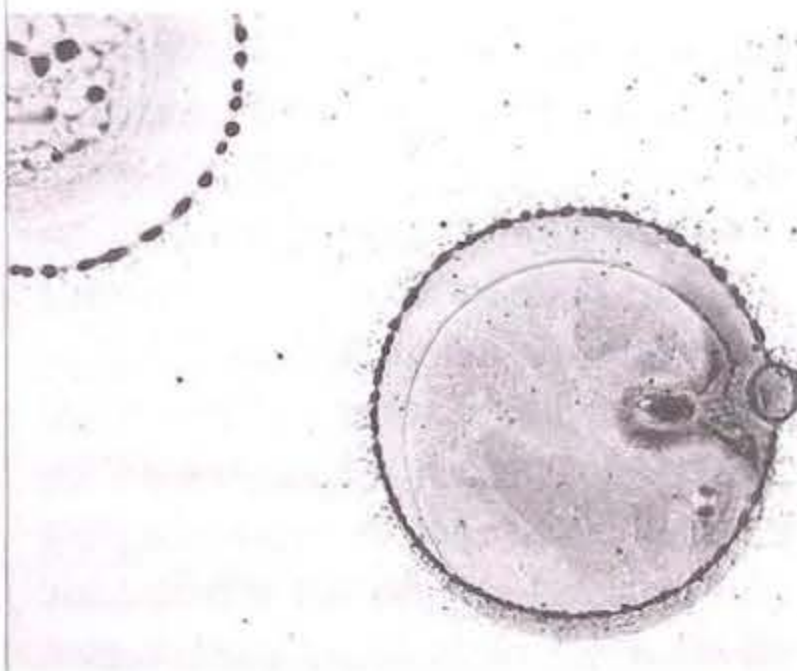
ELKIN RESTREPO

Universidad Nacional de Colombia,
Colección de poesía. Libro recobrado,
Bogotá, 2008, 48 págs.

LA COLECCIÓN de poesía de la Universidad Nacional de Colombia –colección ya desaparecida para nuestra desgracia y la del público lector de éste género, y por la que habría que ofrecer un réquiem– tenía tres líneas: la de Libro inédito, la de Obra reunida, y la de Libro recobrado. A esta última corresponde el libro *Retrato de artistas* del poeta, narrador y dibujante antioqueño Elkin Restrepo (n.1942). Fue hacia comienzos de la década de los ochenta del siglo pasado cuando la Editorial Lealón, si mal no recuerdo, hizo la primera edición de este grupo de poemas. Creo recordar también que en la carátula color vino tinto resplandecían en arco un grupo de círculos de papel plateado, a la manera de las luces de los camerinos de los artistas. No sé si como consecuencia de conversaciones –pues fue simultáneo y pertenecían al mismo grupo–, o por casualidad, por esa misma época la pintora Dora Ramírez andaba haciendo también una serie de retratos en acrílico, entre los cuales había un grupo de artistas del celuloide del Hollywood de los años cuarenta y cincuenta. Esta nueva versión contiene, además de los poemas, un prólogo de Jorge Cadavid al que ha llamado “Elkin Restrepo: una defensa de la contemplación”.

Elkin Restrepo ha sido durante años un entusiasta impulsor de las artes en Medellín. A él le debemos la creación –en compañía siempre de José Manuel Arango, el poeta de El Carmen de Viboral con quien todos estamos en deuda– de varias revistas literarias: desde la ya legendaria *Acuarimántima*, pasando por *Deshora* hasta *Poesía*, última de esas empresas que habría de cerrar el ciclo con la muerte de Arango. Otras figuras de las letras e intelectuales antioqueños estuvieron allí avivando el fuego: Manuel Mejía Vallejo, Miguel Escobar Calle, Orlando Mora y

Víctor Gaviria, entre los más jóvenes. Esas revistas fueron, cada una en su momento, el espacio en que se publicaba la producción más reciente de los poetas nacionales y continentales, a la vez que fue el medio en el cual dieron a conocer sus nombres y sus obras las nuevas generaciones, además de contar siempre con una separata –excelente– de traducciones de poetas de otras lenguas hechas por miembros de la misma revista o por amigos y colaboradores. *Acuarimántima* –ya las otras fueron de una discreción y sobriedad absolutas– contó siempre con bellísimas obras de autores antioqueños como carátula. Allí estuvieron no pocos de lo que se conoció en aquel entonces como el grupo de Los Once Antioqueños. En esa carátula figuraron las obras de Álvaro Marín, Óscar Jaramillo, Luis Fernando Peláez, Javier Restrepo y un nutrido grupo de creadores plásticos de la década del setenta en Medellín.



Por las páginas de *Retrato de artistas* desfilan, como en un mosaico de voces perdidas, un grupo de actores, actrices y cantantes ya desaparecidos, y sus parlamentos –más de una vez monólogos que bien podrían encontrar su antecedente más cercano en la *Antología de Spoon River* de Edgar Lee Masters– nos hablan de sus vidas con una patética desolación. Pasan, como llamados a lista, Pier Angeli, Miroslava, Sharon Tate, Johnny Weismüller, Loretta Young, Judy Garland, María Félix, Elvis Presley, Béla Lugosi, Kim Novak, Rita Hayworth, Romy Schneider, Anita Ekberg, Emil Jannings, Gerard Philips, Montgomery Clift, Maureen O’Sullivan, Jimi Hendrix, Jean-Pierre Leaud y Lex Barker. Todos ellos hablan de sus vidas, tan

anodinas y desafortunadas como las vidas de los personajes de a pie, solo que estos son personajes públicos, famosos gracias a la pantalla y, de la misma manera como sus rostros se agigantan en virtud de las lentes, también sus vidas arruinadas se acrecientan para los espectadores.

Dice Cadavid en el prólogo: “Dos tesis estructuran este proyecto poético: la primera es que existe una cadencia en el habla común, en la frase coloquial, en la llaneza discursiva, que permite matices y sentidos insólitos: ‘como lo demuestra la tradición, es allí, en la frase familiar, en el lugar corriente, donde acontece la revelación’” nos dice el mismo Restrepo, definiendo su estética. Y también: “La poesía me ha enseñado que es en la trivialidad y en el suceso banal –¿y cuál suceso no lo es?–, y no en los mundos ideales, remotos, donde paradójicamente reside el misterio de las cosas”.

Es importante conocer estos conceptos venidos de uno de los poetas y escritores que cuenta con mayor prestigio entre nosotros, y autor de *La visita que no pasó del jardín*, un libro asombroso en la poesía colombiana tan palabrera con tanta frecuencia y tan difusa en su propósito. Jamás hemos visto una precisión tal para nombrar lo impreciso como en esos poemas de este autor. Los poemas de *Retrato de artistas* tratan de develar la voz más íntima de esos héroes y heroínas del celuloide, sus momentos de ahogo, de confesión si se quiere, su decepción en medio del fasto. Son monólogos tras bambalinas, en los que los personajes se desnudan y dan rienda suelta al cúmulo de sus angustias y reconocen las miserias de sus días, más de una vez en medio de los barbitúricos que les ayudan a sobrellevar el fardo de la existencia.

Ya antes hablábamos de esta desaparecida colección, pero aun cuando ya no sigan saliendo títulos, conviene hacer algunos comentarios de índole editorial. Varias veces he dicho –en estas y en otras páginas donde comento y reseño libros– que las cosas en estos menesteres –aunque en otros también– son de determinada manera porque se ha llegado a ello después de muchos ensayos desafortunados. No siempre innovar es

lo mejor. A mí me gusta el diseño de la colección, la diseñadora es buena diseñadora. Sin embargo, no deja uno de advertir la cercanía entre el formato y el color de esta y el de la colección Visor de poesía, una de las más reconocidas en el ámbito de la lengua castellana. No está mal, desde luego, pero ¿será que esa es la única forma de diseñar una colección de poesía? Y, de otro lado –aunque del mismo– el invento de las letras verticales en la carátula, no ayuda mucho a la lectura, hay que torcer el cuello como hacen los pájaros a los que se les está enseñando una tonada en una jaula, o como si se estuviera comiendo un jugoso taquito al pastor. Por lo demás, no estamos acostumbrados en nuestra lengua a que se nos ponga a leer de manera vertical como si estuviera escrito en mandarín. Nada grave, ya dije, la colección es bonita, pero habría que hacer esas observaciones. Lo que sí es fatal, me da mucha pena, y en este caso, patético, es el retrato del autor en la solapa. ¡Ese dibujo del pobre Elkin Restrepo francamente no lo favorece para nada! Esa chaqueta rígida con esa corbata que –dicho sea de paso nunca se ha puesto Elkin– son de lo menos natural que se haya visto. Lo mismo que la expresión de la cara, nada que ver como dice un sobrino mío que habla en jerigonza. Yo diría que si no se cuenta con unos dibujos con gracia, con unos retratos que reflejen al autor, siempre es preferible una fotografía. No quiero ser grosero con la dibujante que hace el dibujo en este tomo, pero le recomendaría de manera muy respetuosa ejercitarse, soltar la mano. Todas estas observaciones, en todo caso, son superfluas y lo que hay que celebrar es que haya sido editado de nuevo este libro de Elkin Restrepo. Cruzemos los dedos para que en la Universidad Nacional de Colombia, como en la Universidad Autónoma de México, por poner un solo ejemplo, haya un comité sensible que continúe con una política editorial seria, coherente y duradera.

Fernando Herrera Gómez

Una voz breve y con sentido

De agua y silencio

LUZ ANDREA CASTILLO

Universidad Industrial de Santander, Colección Generación del Bicentenario, Bucaramanga, 2010, 75 págs.

DE AGUA y silencio es el número nueve de la Colección Generación del Bicentenario de la Universidad Industrial de Santander. Su autora, Luz Andrea Castillo, nació en 1983 en San Andrés (Santander). Este es el tercer libro que publica.

Muy pocas veces en el desbordado torrente de la poesía colombiana se puede apreciar una voz. Cientos de miles de poetas brotan como palomitas de maíz de la crispetera incontenible de la poesía y esa profusión hace que sus voces, silbos, gritos y estridencias se conviertan en un ruido tumultuoso en el cual es difícil reconocer o apreciar algo.

El secreto de Luz Andrea Castillo es, precisamente, su silencio. La concentración de sentido y la capacidad de ser íntima sin ser patética.

La decisión de no explicar, de no decir más que lo justo para transmitir imágenes, sensaciones, ideas.

Sus poemas no tienen título ni numeración. Parecen dispuestos en las páginas como objetos preciosos para ser observados, para ser repensados, releídos o simplemente para verlos, con la alegría con que se mira un fulgor en medio de la noche.

Pesa la vida como el agua
y anhelas la muerte
como una manta para el frío

[pág. 59]

Por la voz
va herida
la palabra

[pág. 43]

Demasiados ojos
hicieron nido
en su rostro

[pág. 53]

Él vendrá

tomaré agua
bailaré descalza

Toda mi alegría antes de que vuelva

y cuando lo tenga
justo cerca de mí
fingiré no mirarlo

[pág. 17]

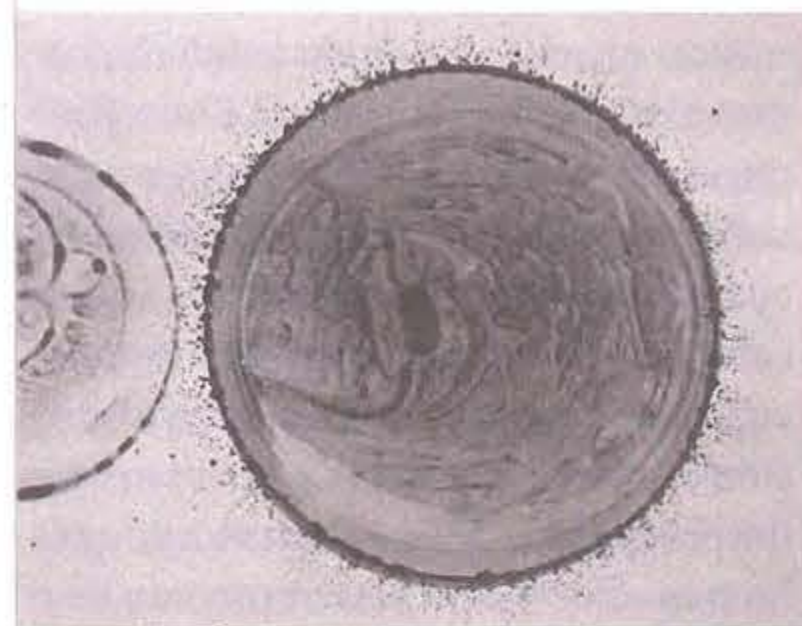
Sobre sí mismo
se cierra el charco

mágico
se atrapa
y desaparece

[pág. 21]

También recuerdo otro poema suyo que decía:

y el corazón
que toca y toca y toca
en la puerta de la vida
y la muerte es la que abre



Brevidad y sentido. Dos palabras que bien podrían definir el carácter de la poesía de Luz Andrea Castillo. Sus ideas son claras y la ejecución precisa.

Conforta ver que hay nuevas voces. Quiero creer que esta poesía es una paloma de maíz que saltó de la crispetera, y debo confesar que fue feliz el hallazgo de este lector, que en tan breves líneas ha encontrado tanto.

La poesía tiene la cualidad de concentrar sentido, de dar a las palabras potencias inauditas, de inocular un nuevo vigor al lenguaje. Nos sacude la poesía cuando revela, cuando permite ver el complejo juguete que somos.